
Una narrativa del ejercicio docente. Entre la vocación y la convicción

Jesús Morales

Magíster en Orientación y en Lectura y Escritura. Politólogo, Docente e Investigador en la Universidad de Los Andes, Venezuela.

lectoescrituraula@gmail.com

La discusión entre convicción y, si nos hacemos docentes o nos construimos en el devenir de las experiencias significativas que nos aporta la convivencia con cada grupo, con cada sujeto, con cada contexto, constituye una de las interrogantes a las que nos enfrentamos quienes nos hemos visto involucrados en la loable tarea de enseñar. Sin ser exagerado con mi afirmación, enseñar como parte del quehacer docente se convirtió para mí en una suerte de fusión entre la vocación y la certeza de estimar a este proceso en la esperanza para cambiar al mundo; de allí que movido por la confianza de formar a las nuevas generaciones como un aporte trascendental para la transformación humana, dejó de ser un planteamiento idealista en el momento en que a muy temprana edad y apenas recién egresado de la Universidad, asumí el desafío de enseñar no sólo a estudiantes pertenecientes a programas de inclusión educativa, que la casa de estudios que me formó ofrecía a personas de bajos recursos, muchos de ellos pertenecientes a zonas deprimidas económica y socialmente; sino además en la desafiante tarea de formar en actualización en materias específicas como lectura y escritura del discurso académico a docentes universitarios.

A mi paso por la carrera de ciencias políticas de la cual soy egresado, me percaté que dentro del perfil profesional no sólo se estimaba la actividad dentro de la administración pública y el trabajo en materia de asesoramiento en lo correspondiente a la formulación de políticas públicas, sino que, además, se precisaba la actividad docente en el nivel universitario así como la investigación científica; cada experiencia en cada asignatura se convirtió en una oportunidad para construir el camino de la vocación docente; cada profesor, específicamente en las áreas de sociología y análisis político en las que se revisaban las

teorías del desarrollo humano integral aportaban los referentes para lo que sería el fortalecimiento de la idea de que sólo la educación es el proceso transformador multidimensional del ser humano, pues ésta lo prepara enfrentar tanto los desafíos del futuro, sino además le aporta el instrumental que requiere para su actuación social pertinente y comprometida. Esta idea repetida en muchas ocasiones por varios de los profesores, quienes, a su vez, eran investigadores activos formados en universidades de alto reconocimiento mundial parecía convertirse en un llamado recurrente a la tarea de enseñar.

Si bien, es cierto, esta experiencia formativa redundó en lo que decidí asumir como proyecto de vida, también lo fue mi paso por la licenciatura en educación y, específicamente por las unidades curriculares teórico-prácticas en las que precisar necesidades en los estudiantes de todos los niveles por los que transité (inicial, básica, media general y universitaria), se convertía en el andamiaje de una convicción cada vez más sólida sobre la educación como recurso y como proceso al servicio de la construcción del ser humano. Asistir a prácticas profesionales en zonas rurales me enseñó el valor que la gente de los espacios retirados le asignaba a la educación, pues era frecuente escuchar en padres afirmaciones tales como ¡quiero que mi hijo se convierta un ser de bien!, ¡mi hijo si va a la escuela seguro llegará lejos!, ¡sin educación no es somos nada! Escuchar cada respuesta parecía convertirse en un llamado personal al compromiso de participar del proyecto común de la humanidad: mejorar las condiciones de vida a través de la educación pertinente y de calidad.

Seguidamente, a mi paso por la educación básica en contextos urbanos, la realidad era muy semejante, pero con algunos matices, por lo general, los padres asumían el compromiso de iniciar a sus hijos en ese proceso transformador que aportaba la educación; pues muchos estimaban la asistencia a la escuela como la posibilidad para impulsar a la siguiente generación y hacia propósitos más ambiciosos, dado que estimaban que en el aprendizaje de nuevas cosas (como denominaban a los contenidos) se ampliaban las oportunidades para crecer en otras direcciones.

Entender las representaciones que cada contexto aportaba a la comprensión del complejo mundo de la educación, se convirtió en una

experiencia que sumaba a la certeza de que el medio para lograr el cambio social y la realización humana plena estaba en la educación. Una vez terminados los requerimientos académicos que instaban a la interacción con los niveles educativos ya mencionados, me aventuré en el desafío de asistir por varios meses a instituciones educativas del nivel media general; la experiencia era diferente, pues los estudiantes en su mayoría se ubicaban en la adolescencia. Muchos ávidos de conocer, otros con escaso interés en continuar su formación, pero también, y en menor medida, algunos con un proyecto de vida más o menos elaborado, lo que dejaba ver el interés por proseguir en su formación.

El paso por la educación media general aportó significados trascendentales a mi formación docente, pues comprendí la importancia de áreas como la orientación en su dimensión vocacional, la construcción de un proyecto de vida consistente y real, así como la necesidad de acompañar en la compleja tarea de elaborar un acercamiento pertinente a la proyección profesional; estos aspectos dejaban ver el trabajo de la guía en el proceso de descubrir preferencias, intereses y posibles alternativas tanto laborales como ocupaciones que redundaran en su realización personal. En el nivel de media general se puso a prueba la capacidad para liderar grupos, la disposición para atender, no sólo en lo referente a la enseñanza de contenidos, sino en la flexibilidad para entender que cada sujeto iba a su propio ritmo, que en ocasiones no se trataba de transmitir pasivamente información sino de escuchar atentamente tanto requerimientos como situaciones que aquejaban a estudiantes en una etapa del ciclo vital tan compleja como la adolescencia.

Cerrada mi permanencia en el contexto de educación media general, solicité como parte de las prácticas profesionales la asistencia a una institución de educación especial, también denominados Centros de Desarrollo Humano; en este lugar se atendían estudiantes cuyas condiciones especiales ameritaban una atención más cercana, más personalizada, más sensible y en ocasiones la asistencia permanente que les permitiera a los sujetos alcanzar la autonomía personal. Entender la diversidad humana y cómo funciona cada sujeto se convirtió en una oportunidad para reflexionar, pero a la vez para descubrir si

realmente mi vocación era suficiente para dedicarme al compromiso de atender en el futuro a esta población. Si bien, es cierto, estar allí constituyó un referente para lo que sería mi trabajo con personas con alguna condición en el nivel universitario, también logré descubrir que todavía no terminaba de ubicarme en lo que realmente deseaba.

Como resultado de esta experiencia, en efecto enriquecedor, decidí cerrar mis prácticas profesionales con la asistencia a un aula de clase de educación universitaria. Este espacio era totalmente diferente a lo vivenciado, primaba el orden, la disciplina y la conformación de las aulas entre personas de edades diferentes, con propósitos de vida un poco más claros y además con razones precisas para estar allí, me permitió confirmar, sin lugar a dudas, que la docencia en el nivel universitario correspondía a una preferencia vocacional real; por ende, comencé estudios de posgrado en educación mención orientación educativa y, luego de muchos años dedicado a la investigación y a la formación de profesores decidí concursar en la universidad como docente en las áreas: lectura y escritura académicas y metodología del estudio y la investigación. Ambas unidades curriculares pertenecían al ciclo introductorio y al nivel medio de la carrera de Derecho que se imparte hasta el momento en la Universidad de Los Andes-Venezuela.

Una vez como docente universitario con ingreso por concurso, me dediqué la enseñanza de la lectura crítica y la escritura académica como procesos aplicados a la investigación científica; impartir clases en estas áreas no sólo me obligó a la actualización permanente, sino a constatar que la interacción significativa con el conocimiento, con la información y el saber suponía un imperativo categórico para la construcción de un pensamiento sólido y autónomo. En cada sesión de clase mi énfasis redundaba en la necesidad de pensar por sí mismo, de evitar la reproducción de ideas y de asumir como desafío el compromiso de someter a la valoración crítica todo lo afirmado por terceros, con la intencionalidad de evitar la manipulación, la ideologización, la adopción de un pensamiento monádico y reduccionista que vedara cualquier oportunidad de conocer otros mundos posibles.

Este compromiso con la formación de ciudadanos autónomos, responsables y con afiliación democrática se convirtió en un cometido

que tomó especial importancia a lo largo de cada experiencia de enseñanza con cada grupo; pues entendí que motivar el pensamiento liberador, abierto y flexible no sólo ampliaba las posibilidades para acceder. no sólo a un entramado de significados novedosos, sino la manera de ensanchar la capacidad comprensiva que favorece el ver la realidad desde una postura profunda. Enseñar con intencionalidad se fijó como parte medular de cada unidad curricular, pues asumí que se trataba de instar a cada estudiante al diálogo permanente, a la valoración crítica, al deslinde de lo verdadero de lo falaz; como parte de las actitudes necesarias para evitar la imposición de esquemas de manipulación que desestimaban otras posiciones sobre el mundo, sobre la realidad.

En suma, el ejercicio docente como la suma de la vocación y la convicción me han permitido estimar en cada experiencia una posibilidad para continuar creyendo en la educación como el único medio para lograr la consolidación de una sociedad libre, más justa y equitativa; en la que todos conminados por el compromiso y la corresponsabilidad de actuar en el marco del respeto y la democracia alcancen tanto su realización humana plena como su capacidad de agencia, cualidades que desde una visión esperanzadora estimo necesarias para el desarrollo de la supra-complejidad humana.